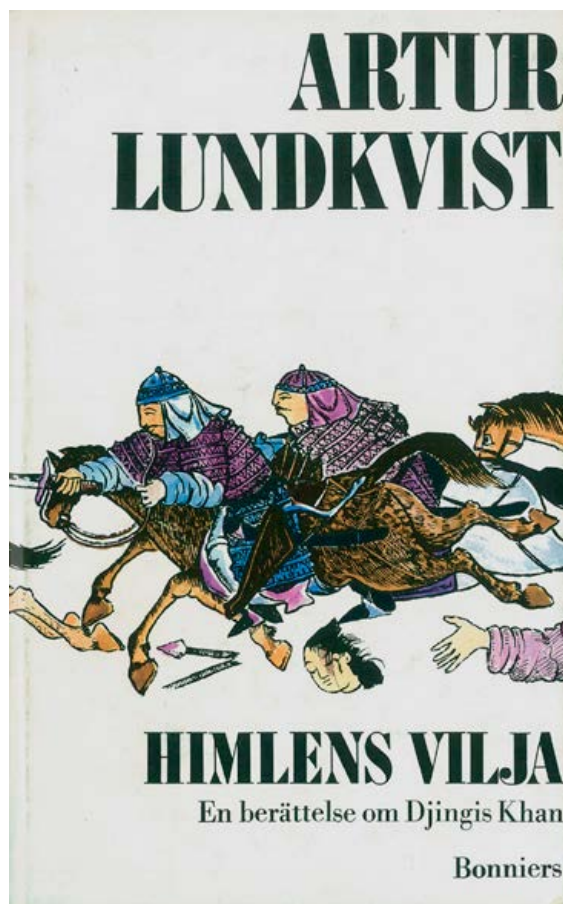


# Lundkvist y Goya



Aunque Lundkvist no se consideró novelista —conocía sus limitaciones en ese campo mejor que nadie — había hecho algunas esporádicas incursiones en ese género.

Por eso es extraño que desde 1968 hasta finales de los 70 publicase en 12 años 9 extensas novelas históricas, de estructura bastante tradicional, más que en los cuarenta años anteriores. ¿Qué temas o personajes elige? En *Snapphanen liv och död* (Vida y muerte del guerrillero), subtitulada *una balada en prosa*, presenta a los “rebeldes” de su región natal que en una guerra del siglo XVII entre Suecia y Dinamarca participaron como guerrilleros contra Suecia, narra su lucha y la cruel represión de los vencedores, los suecos.

En el prólogo cuenta que el origen de la novela está en la imagen que vio cuando era niño en una

feria. Un telón pintado mostraba un hombre terriblemente torturado y una leyenda, *Vida y muerte del guerrillero*. En el epílogo habla de crónica más que de novela y de su intención de rectificar la historia dignificando a los maltratados por los historiadores. Es contra el falseamiento de la historia contra lo que se rebela Lundkvist.

Tal vez fuesen las guerrillas latinoamericanas de aquellos años las que lo impulsaron a contar esa historia.

*Tvivla, korsfarare*. (Duda, cruzado) pone en cuestión los nobles motivos de las Cruzadas (indirectamente, los de casi todas las guerras). No los del campesino sueco que, movido por el predicador, se lanza a la divina misión de recuperar los Santos Lugares para la cristiandad, sino los de los poderosos, los iniciadores de las guerras.

La primera parte narra el viaje de los cruzados —robando, violando, arrasando, peleando — para llegar a su destino y la llegada a Tierra Santa, más como una banda de mendigos o de bandidos que como portadores de un designio divino.

La segunda desvela las intrigas de los diferentes señores, los vencedores, que hace pensar que el fin era mucho más material que lo que decía el predicador y pone en cuestión los elevados motivos de las Cruzadas

¿Son siempre falsos los nobles motivos que se proclaman para defender una guerra? Eran los años de la guerra de Vietnam, modelo de falsos motivos. Ahora podríamos hablar de la de Irak.

Luego, elige como protagonistas a dos personajes históricos: Gengis Kan en *Himlens vilja* (*La voluntad del cielo*) con el subtítulo de *Un*

relato sobre Gengis Kan y Alejandro Magno en *Krigarens dikt* (Canto del guerrero). Dos creadores de imperios a los que no ven límites. Tras una conquista ya se espera la siguiente, un imperio que se extiende sin cesar. Un poder omnímodo solo limitado por la mortalidad del ser humano. En ellas hay muchas reflexiones sobre el poder. Y las preocupaciones de cómo conservar lo conquistado tras la inevitable muerte, así como la preocupación de encontrar un heredero.

En las dos se nota el afán del autor por entender la esencia y la base del poder absoluto y, tal vez por eso, la novela de García Márquez que más le gustaba era *El otoño del patriarca* (y no solo por su estructura novelesca, que también).

En 1974 escribe una biografía novelada de Goya basada en su pintura y centrada en el dilema de Goya: estar con sus amigos afrancesados, sus correligionarios, o seguir como pintor de corte. El artista desenmascara el poder por medio de su obra artística y mantiene su dignidad gracias a su trabajo en el que muestra los rostros brutales del poder.

Una curiosa novela es *Slavar för Särkland* (Esclavos para el Oriente) que trata de los vikingos que viajaban hacia el Este, por el Volga hasta el mar Caspio y luego hasta Bagdad, viviendo del comercio de esclavos.

*Babylon, gudarnas sköka* (Babilonia, la ramera de los dioses) está inspirada en el libro de Daniel y el Apocalipsis. En esta novela se aprecia la admiración que, a pesar de su irreligiosidad, Lundkvist profesaba a la Biblia como una de las grandes obras literarias de todos los tiempos.

Cuando en el entusiasmo del 68 la Asociación de escritores desafía al mercado y trata de poner fin a la dictadura de las grandes editoriales fundando Författarförlaget, su propia editorial en forma de cooperativa, Artur es el que proporciona el primer manuscrito o uno de los primeros, el de "Långt

borta, mycket nära" (Muy lejos, muy cerca) en 1970. De él seleccionamos unas páginas:

Sentado en el trono, elevado sobre todo el mundo, tenía que parecer por todos los medios más grande de lo que era. El fanal de oro que estaba obligado a llevar me alargaba la cabeza y multiplicaba su peso. Mis manos descansaban sobre las erguidas cabezas de las serpientes de oro y el pájaro Horus vigilaba desde mi hombro amenazándome el ojo con su afilado pico de halcón si volvía la cabeza. En un trono contiguo, algo más bajo que el mío, se sentaba mi reina, que me era desconocida (jamás supe si era ella o alguna otra, algunas otras, la que se acostaba conmigo en el oscuro salón, y tampoco ella o las otras se acostaban conmigo, sino con Faraón).

El Sumo Sacerdote me llevó a un recinto subterráneo (fue cuando mi voluntad intentó cruzarse con la suya) y a la luz de una antorcha me hizo mirarme en un espejo. Dijo: Eres tú y sin embargo no eres tú, ¡mira detenidamente! y se llevó el espejo y entonces me quedé delante de mí mismo, de un hombre de carne y hueso, que ya no era una imagen del espejo. El Sumo Sacerdote dijo: ¡Eres tú y sin embargo no eres tú! El que ves ante ti es otro, un desconocido, pero es tu sosias y por eso es al mismo tiempo tú. Puede ocupar tu lugar en un instante y entonces él se convertirá en ti y tú en él, él será Faraón y tú no serás nadie. Y sólo lo sabremos nosotros tres, nadie más.

Fue como si el suelo se hubiese abierto bajo mis pies. Y el Sumo Sacerdote siguió: Así de tenue es la línea que separa la realidad de la apariencia, la luz de la sombra. ¡El menor paso en falso y traspasa esta línea! Comprenderás ahora que tú no eres Faraón, tú ocupas simplemente su lugar que puede, en cualquier momento, ser ocupado por este otro, el desconocido, tu sosias. Tú no tienes poder alguno, el poder pertenece a Faraón y como ya habrás comprendido, ¡tú no eres Faraón!

Temblando pregunté: Entonces, ¿de dónde viene el poder?, y el Sumo Sacerdote contestó: Nadie lo sabe, ¡ese es el gran secreto! Pero su figura visible es para todos Faraón. Quizá el poder en sí no exista, igual que tú, Faraón, y sea únicamente su presencia lo que le da su existencia.

Nunca logré saber más, nunca llegué a entender nada más sobre el poder o sobre mí mismo.

\* \* \*

Y yo (dijo una sombra), yo era Judas y ¡me convertí en Jesús! Dejadme explicar lo que pasó, aunque nadie me crea.

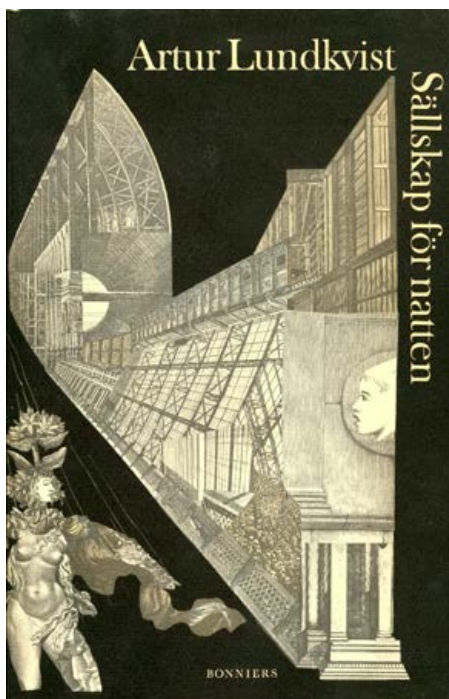
Reinaba una gran oscuridad bajo los árboles de Getsemaní. Los soldados alumbraban a su alrededor con unas antorchas que humeaban y vacilaban, no era fácil ver nada con claridad, además se organizó un gran barullo cuando Pedro sacó la espada y tuvieron que desarmarlo.

Tan pronto como hube besado a Jesús y lo hubieron prendido, los sumos sacerdotes se marcharon, se sentían un poco incómodos y no querían mezclarse más de lo necesario. Para mayor seguridad algunos soldados me habían cogido a mí también y entonces se produjo el cambio, a sus ojos Jesús y yo éramos bastante parecidos y de repente se enzarzaron en una discusión sobre cuál de los dos era Jesús.

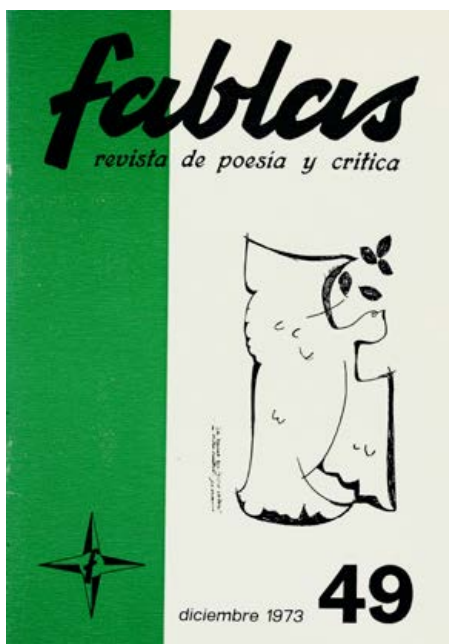
¿Eres tú Jesús? le preguntaron a Jesús iluminándole el rostro con una antorcha. Con voz clara y firme, respondió: Sí, soy yo. Pero el centurión desconfiando de una respuesta tan complaciente gritó: No, no, ¡menos cuento! ¡Lo que tú quieres es salvar al otro! y entonces lo alejaron de allí a empujones y a mí me llevaron prendido como si fuese Jesús.

Al principio intenté protestar y convencerlos de su error, pero de repente una idea me iluminó como un rayo cegador: si me toman por Jesús y sufro su destino, ¡entonces me convertiré en Jesús! Me encontraba ante una vertiginosa exaltación que no había podido ni soñar antes, cuando yo andaba ensombrecido por la envidia que le tenía, en mi humillación de ser Judas, el traidor despreciable.

Y entonces asumí la pasión y el sacrificio de Jesús, arrastré la cruz, me azotaron y me escupieron y me coronaron de espinas, fui colgado y crucificado entre dos ladrones y allí quedé pendido hasta que expiré. Mi éxtasis era tan grande que apenas sentía la mitad de los dolores, pensaba con una mezcla de triunfo y compasión en el pobre Jesús: no le habría quedado otra solución que marcharse y colgarse como Judas, el traidor...



Collage de Peter Weiss para el libro *Compañía para la noche*.



Cubierta del número especial que la revista *Fables* dedicó a Lundkvist.

Y estas páginas son el final de la novela sobre Goya.

Al otro lado de la calle, corre el Manzanares, un río que se ha ido encogiéndose y que ahora es más insignificante todavía que en tiempo de Goya, encajonado como está entre muros de cemento. Las verdes praderas de San Isidro han sido devoradas por las construcciones de los suburbios, pero en lo alto de una loma está el viejo convento, junto a la fuente que ya ha perdido su virtud milagrosa.

En la ermita de San Antonio de la Florida me demoro un rato pensando en Goya, sumido en su memoria. Le querría preguntar muchas cosas, pero ¿qué podría contestarme? También puedo intentar imaginarme un diálogo con él, ahora que la sordera ya no significa nada, tan poco como la falta de cabeza.

Querido Goya, se dice que esperabas vivir tanto como Tiziano, el maestro renacentista que según las informaciones vivió casi cien años. ¿Te sentiste decepcionado al morir ya a los ochenta y dos años? ¿Considerabas que tu obra no estaba terminada todavía? ¿Te interrumpió la muerte en plena actividad productiva? ¿Creías haber podido crear aún un cierto número de obras maestras?

Goya parece carraspear, refunfuña y luego creo poder distinguir la respuesta:

Claro que podía haber vivido más si no me hubiese vuelto a atacar esa maldita enfermedad. Y entonces hubiese podido pintar y grabar muchas más cosas, probablemente hubiesen sido algunas de mis mejores obras.

Porque yo no estaba terminado como artista, al contrario, todavía no estaba listo, no había alcanzado la plena madurez artística. Había cosas que comenzaba a entender entonces, según mi opinión. Creo recordar que lo dejé escrito: *¡Aún aprendo!*

Al encerrarse Goya en el silencio, intento hacerle seguir hablando con la siguiente observación:

Querido maestro, tú fuiste un artista extraordinariamente productivo, y quizás esto tenía relación con la avanzada edad que llegaste a alcanzar, aunque tú creas haber muerto prematuramente. Se dice que si hubieses muerto tan pronto como tantos grandes artistas, el mundo apenas te hubiese conocido, tú no hubieses sido Goya.

Es cierto, contesta. Tardé bastante en iniciar en serio mi carrera artística. Había tanto que aprender y tanta resistencia que vencer. Y yo no quería ser como los otros, quería ser Goya, y conseguir eso me llevó mucho tiempo. Pero tenía la sensación de que no tenía prisa, que iba a vivir muchos años y que tendría tiempo de hacer lo que quería.

¿La enfermedad? Sí, es difícil decir lo que significó. Me interrumpía, claro, volvía aproximadamente con intervalos de unos diez años. Me hacía retroceder, pero también me impulsaba hacia delante. No sé qué hubiese ocurrido de no haber tenido la enfermedad, quizá no hubiese sido el mismo. La enfermedad era una parte de la resistencia que yo necesitaba vencer para poder seguir adelante. Destruía, claro, pero también liberaba y renovaba. Yo siempre salía de ella como un hombre nuevo, como si mi ser anterior hubiese muerto y surgiese el nuevo. Mi virilidad no sufrió con la enfermedad, excepto en contadas ocasiones. Sordo, sí, me quedé sordo, eso no lo pude superar, pero también tenía su lado positivo.

Me hizo más introvertido, más lúcido, más crítico. Y, además, me ahorró oír una gran cantidad de tonterías.

¿Así es que dicen que yo fui cuatro artistas en uno? ¿Y por qué justamente cuatro y no más, muchos más? Puedo afirmar que dentro de mí había siempre un gran apiñamiento de diferentes artistas, yo tenía un ímprobable trabajo para lograr que cada uno de ellos diese lo mejor de su talento. En realidad, cada obra tuvo su propio artista que no era exactamente igual a ninguno de los demás. Esa gran variedad fue quizá mi talento especial, mis dotes particulares, y le iba como anillo al dedo a mi carácter. Yo era un hombre muy impaciente, y aunque también era muy tozudo, como buen aragonés, era inconstante, voluble, de repente me cansaba de una cosa y me lanzaba con entusiasmo sobre otra.

Mis maestros fueron Rembrandt, Velázquez y la Naturaleza, sí, creo que lo dije alguna vez. Ya no recuerdo bien cómo fue. Rembrandt, sí, fue sobre todo la luz, la iluminación, su famoso claroscuro, la refracción de las diferentes fuentes de luz, la importancia de las sombras y la oscuridad.

¡De él se podía aprender mucho! Y luego estaban sus grabados, que, en verdad, no eran fáciles de superar.

En Velázquez me interesó sobre todo el movimiento de sus figuras, la manera de sorprender y captar el instante real, rebosante de vida, tan magistral que no nos sorprendería que saliesen sus figuras de los cuadros y siguiesen realizando el movimiento plasmado en la pintura. Era eso lo que le daba al espacio pictórico su fuerte tensión, su misteriosa presencia. Quizá podría decir un conflicto que era, a la vez, un equilibrio perfecto entre clausura y abertura, entre el espacio limitado y el infinito.

Y la Naturaleza, ¿qué era para mí la Naturaleza? En primer lugar, el hombre, el resto de la Naturaleza era simplemente el fondo sobre el que destacaba el hombre y, por tanto, quedaba al margen. Así lo veía yo. Es posible que exagerase la importancia del hombre, lo reconozco. La Naturaleza es algo mucho más importante que el hombre, algo que lo rodea y lo determina, lo condiciona más de lo que creemos. Quizá sea la mayor equivocación del hombre creer que él representa a la Naturaleza mejor que todo lo demás, que es él quien le da a todo lo existente su sentido.

¿El arte y la política? ¿Pensaba yo que el arte queda y la política pasa? No sé si dije eso, pero, en todo caso, ésa era mi opinión. En cierto modo, el arte y la política no tienen nada en común. Se mueven en planos diferentes y trabajan con diferentes medios. Pero, sin embargo, existe una relación entre arte y política, y es importante. Las ideas y la obra del artista están determinadas en alto grado por la situación política, ya sea una víctima o un beneficiado de ella. Pero, al mismo tiempo, el arte se adelanta a la política y contribuye a transformarla.

El arte influye en la forma de percibir de los hombres a largo plazo, imperceptiblemente, y de esa manera abre también nuevas posibilidades a la política, prepara las transformaciones de la realidad. Las circunstancias me obligaron a pensar mucho en esto. Los conflictos que tuve con mis amigos que se dedicaban activamente a la política radicaban también en eso. Fue una época difícil, demoledora, a veces uno estaba tentado de encerrarse con su arte y

dejar que el mundo exterior viviese con su miseria, dejar a los hombres en su locura.

Pero no era fácil liberarse de nada, la miseria y la locura nos invadían hiciésemos lo que hiciésemos. Nos atacaban de mil formas y no nos dejaban la menor tranquilidad, hasta que uno pensaba que iba a enloquecer y la soledad no servía ya de protección. Por eso pinté lo que me acosaba, las visiones que me invadían, para vencerlas y librarme de ellas.

¿Pinturas negras? Sí, así se llaman, aunque como pinturas no son negras, ni muchísimo menos. Utilicé bastantes colores, pero, claro, son visiones nocturnas, más o menos envueltas en la oscuridad. Por eso domina el color negro y los demás colores quedan sojuzgados, amortiguados. Pero están allí, están allí para el que sabe ver bien.

Sí, ya sé que han salvado esas pinturas de la destrucción, ¡es algo fantástico! ¡Jamás hubiera pensado que era posible: trasladarlas de las paredes encaladas al lienzo, y sin estropearlas ni transformarlas visiblemente! Cuando las pinté en la Quinta del Sordo pensé que ya me había librado de ellas para siempre y les volví la espalda. Aunque, debo reconocerlo, no sin una cierta nostalgia. Y han seguido persiguiéndome, han ido adquiriendo un sentido sobre el que no sé exactamente qué puedo decir.

¿Dicen que ese pesimismo no es admisible? ¿Hay muchos que lo encuentran aterrador y deprimente? Bueno, pero yo vi aquellas visiones así, me invadían completamente quisiese o no. Las pinté para mí, no para otros, y el que no quiera verlas que no las mire. Pero me gustaría decir que son útiles porque nos recuerdan lo que se esconde bajo la engañosa superficie de luz y esplendor, y seguridad y esperanzas. Jamás se puede uno acercarse suficientemente a la verdad, ¡y no dicen acaso que la verdad nos hará libres?

Pero no puedo explicar esas pinturas, eso no. Yo pinté simplemente lo que vi y sentí, no sé cómo hay que interpretarlas, pregunta a otro. Fueron formándose, nacieron, estaban allí: a mí me bastaba. Aunque me di cuenta de que se iban transformando poco a poco, como a espaldas mías. Ya no parecían tan terribles, ni tan misteriosas. Empezaba a sentirme casi a gusto con ellas. Bastaba con mirarlas

como eran, absorberlas sin resistencia.

Que yo quería expresar algunas ideas sofisticadas con mis pinturas, alguna teoría misteriosa o filosofía, ¡qué tonterías! Yo no fui un pensador profundo, tenía mi sentido común y no me dejaba engañar por unas cosas u otras, ¡a mí no me servían las teorías de alto vuelo ni las ideas exaltantes! Yo me limitaba a lo que veía y sentía, en eso confiaba y no me equivoqué muchas veces. Y nunca pinté siguiendo un plan preestablecido: eso hubiese matado el arte.

¿Sueños?, bueno, eso es otra cosa. ¡Sí, hablaba mucho de los sueños en relación con mi obra! Soñar despierto o soñar dormido, yo no encontraba grandes diferencias entre ambas cosas. Era algo que surgía de mí mismo, desde dentro, de profundidades que no se conocen muy bien. Ideas que eran tan vivas y tan apremiantes como apariciones, a menudo más reales que la rutinaria realidad exterior. Era una parte del Misterio, el Misterio insondable que, en último término, son la vida y el mundo. Eso era algo de lo que intenté alcanzar y revelar. ¿Realismo?, no pensé en eso ni me planteé esa pregunta. Para mí lo importante era *ver*, y ver con claridad, fuese lo que fuese lo que se veía.

Es posible que mis numerosas lecturas tuviesen cierta influencia en mi fantasía. Pero yo no pintaba nada hasta que lo veía en mi interior y tenía la sensación de que era necesario hacerlo. No era un ilustrador cualquiera, no me limitaba a unas cuantas ideas ni a seguir unas normas. La superstición que presenté y revelé, todas esas brujerías, todos los demonios y fuerzas degeneradas: todo existía, llenaba el aire que nos rodeaba con su presencia. Y qué más decían: ¡influencias ocultas, fantasmagorías, ideas obsesivas, qué sé yo! Pero me acosaban e intentaban tener poder sobre mí, luché contra ellos una batalla a vida o muerte.

Puse a la Razón en un sitio de honor, pero ella corría peligro, las fuerzas apartadas, oprimidas, todas las inclinaciones corrompidas estaban a punto de acabar con ella. Fue una época de duros reveses en todos los terrenos, que fueron sacando a la superficie todo tipo de perversiones y se fueron convirtiendo en sentido de culpabilidad y autocastigo, de entrega total a los poderes del mal y

las tinieblas. La culpa de esto la tenía la opresión general que reinaba en el país, así como el terror que ejercía la Inquisición en nombre de la religión. La incesante persecución de todo lo discrepante hizo surgir la brujería por todas partes. La propia amenaza y los terribles castigos contribuyeron a provocar la magia negra y a buscar refugio en lo diabólico. Era un mal que conducía a un mal mayor.

¿Cristiano o librepensador?, no sé qué era, quizás un poco de los dos. Era la Iglesia el objeto fundamental de mi rebelión: luchaba contra ella. La Iglesia había convertido al cristianismo en un poder tiránico y lo había hecho degenerar. Nunca me sentí a gusto en iglesia alguna, había en ellas algo agobiante, pesado, que dificultaba la respiración. Y habían hecho de Dios un ídolo que era la imagen del hombre. Jamás pude creer en un Dios tan mezquino y limitado, tan mezclado en las tribulaciones de la Humanidad. Yo quería un Dios más grande, más lejano, más ensalzado, que hubiese pactado con el prodigioso Universo, mucho más allá, muy por encima del hombre, de su fatuidad y arrogancia. Pero librepensador no, eso sí que no. Tuve ocasión de ver demasiado el aplomo y la presumida sofistería de los renegados. Eran insensibles al Misterio, los secretos más íntimos que moran en todas las cosas. Eran demasiado cerrados y limitados.

Goya calla. Espero que me diga algo más, pero continúa en silencio, parece como si ya no estuviera presente, como si se hubiese retirado. Entonces intento hacerle volver preguntándole algo sobre las mujeres y sobre la duquesa de Alba: ¿Cómo te fue con ellas, quieres decirme algo sobre ellas, admirado maestro?

Su voz parece vacilante, como si llegase desde lejos, pero pronto adquiere su vigor natural:

Reinas, duquesas y otras mujeres, sí, las recuerdo, hubo algunas a las que deseé vivamente, intensa y ardientemente, pero jamás llegué a conseguirlas de verdad. Parecían estar tanto fuera de mí como dentro de mí, pero era imposible unirlas. Era siempre la mujer como fenómeno y como noción, y ambas no tiraban por igual. La que era ángel fácilmente se convertía en bruja. Las brasas se enfriaban, la ceniza sucedía a las llamas. El amor se hacía

indiferencia para uno y tormento para el otro. Finalmente no quedaba más que un amor: el amor al arte, el amor que se hacía uno con el arte, crecía en él, se nutría de él, se consumaba en él.

Pero yo fui un hombre muy carnal, y el cuerpo pedía lo suyo, durante toda la vida, hasta muy entrada la vejez. Cuerpos que se encontraban y se separaban, que se recordaban mutuamente, quizá con placer o con dolor, amargura, o se olvidaban. Aunque hubiesen ardido juntos, se hubiesen fundido en uno, pronto se cruzaban con indiferencia, sin sentir nada.

Todos llevamos nuestro cuerpo con nosotros a lo largo de los años, fuerte e indomable, o, de vez en cuando, débil y achacoso. Era uno mismo y, sin embargo, parecía otro, alguien que no era uno mismo, algo así como un extraño con el que uno vivía y del que nunca podía librarse, al menos no antes del momento en que se producía la separación definitiva. ¡Oh, cuerpos, cuerpos! ¡Qué misterio era también el cuerpo! Uno no comprendía ni sentía nunca, de verdad, su propio cuerpo, mucho menos el de otro ser. ¡Cómo representaba cada cuerpo su propia tragicomedia!

¿Cómo dices? ¿Que si estoy satisfecho de mi obra? Pues, no pienso en eso, está todo ya tan lejos. Yo creo que hice un montón de cosas, fue un trabajo que me llevó prácticamente toda la vida. Pero no tuve tiempo, sin embargo, de hacer todo lo que hubiese querido, fue algo que no logré. Aunque tal vez dé igual, es sólo vanidad como toda obra humana.

Pero, ¿y mi amor?, ¿qué fue de él? Mi amor a la vida y mi amor al arte, que se fundían en uno y que en el fondo eran lo mismo: ¿también fue en vano, no hay huella alguna de él? Sí, claro, mi arte, la obra que dejé. ¡Sí, bueno, eso ya lo sé! Sin embargo, hay algo que se siente vacío e inútil, como si se hubiese escurrido por entre los dedos como el agua.

No se pudo conservar nada, todo desapareció con toda rapidez, imperceptiblemente. Los sueños de la infancia, las hermosas nubes que pasaban sobre la meseta, las andanzas de los años mozos por Roma y Madrid, las fiestas populares en la pradera de San Isidro, los días de verano en los que el cielo

estaba amarillo de calor, los brillantes y peligrosos juegos de las corridas de toros, los bailes, los racimos de uvas, la belleza y alegría de la juventud. ¡Luego vinieron los descubrimientos que revelaban el engaño, las máscaras que caían, las frutas podridas, la bella superficie que se rompió y los abismos que se abrían, la tiranía y la bestialidad, la revolución que iluminó el mundo y se apagó, o se transformó en incendios fortuitos, la guerra que no era guerra sino fratricidio, violación, destrucción y salvajadas infinitas!

Todas las decepciones, todo en lo que creí, todo lo que amé, mi propia salud, mi alegría de vivir, hasta que yo también comencé a traicionar, a mantenerme al margen, a encerrarme en mi soledad y luchar contra mis tinieblas. Sí, hubo épocas en las que hasta mi arte estuvo a punto de abandonarme, de apagarse o de alejarse de mí, y tuve que esforzarme al máximo para conservarlo o conquistarlo de nuevo. ¡Los años de silencio y soledad, las amenazas que se multiplicaron en torno a mí, la oscuridad, los demonios, los vampiros, la vejez y los achaques!

Pero no claudiqué, a mí no me iba bien eso de claudicar, ¡yo era Goya, el aragonés, a mí no me iban a sojuzgar! Sin embargo, me sujeté, dominé mi rabia y mi cólera, casi llegué a humillarme, únicamente en mi arte me mantenía erguido y con orgullo. Pero huí, como Lot le di la espalda a la destrucción, y me puse a salvo en un país donde era más fácil vivir, aunque también allí había habido traiciones. La misma sensación de extranjero fue, en cierto modo, un alivio y se unió con la de la vejez, se fundieron en una.

Sí, así fue y ya ha pasado, a veces surgen del olvido y me sacuden un poquito. No se puede cambiar nada, la vida no se puede volver a vivir, otros vienen detrás y siguen hacia delante como mejor pueden. Sí, así es, así es.